

Retiro en la ciudad. Semana Santa 2025

## Amar hasta las últimas consecuencias

Andreu Oliva SJ

Rector de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA)  
de El Salvador (2011-2023)

### JUEVES SANTO

## Amar como Él nos ha amado

En esta tarde de Jueves Santo acabamos de celebrar la Eucaristía, recordando la última cena de Jesús con sus discípulos. Es el momento en el que la Iglesia sitúa la institución de este sacramento. Resulta interesante, sin embargo, darse cuenta de la diferente manera como los evangelios lo explican. Para los evangelios sinópticos y los hechos de los Apóstoles, la manera de recordar a Jesús y hacerlo presente en la comunidad cristiana es la celebración del pan y el vino: recordar sus palabras y compartir su cuerpo y su sangre. Esto es lo que hacemos y celebramos en la Iglesia desde sus orígenes, y esto es lo que acabamos de celebrar hace un rato. En cambio, en el evangelio de Juan lo más relevante es que Jesús lava los pies a los discípulos.

Es como si los dos hechos —la bendición del pan y el vino, cuerpo y sangre de Jesús (en los sinópticos), y el lavar los pies a los discípulos (Juan)— fueran dos momentos con un significado parecido o incluso complementario. Le oí decir una vez a un maestro mío de Nuevo Testamento que tanto era memorial de Jesús la ofrenda de su cuerpo y de su sangre como el acto de lavar los pies a los discípulos.

Hoy os invito a reflexionar y a dejarnos interpelar por lo que podríamos llamar «la Eucaristía según el Evangelio de Juan»: el acto de Jesús de lavar los pies a sus discípulos y su largo discurso a modo de testamento.

## La Eucaristía según el evangelio de Juan

Los elementos que me parece importante resaltar de este texto evangélico son los siguientes:

- «Jesús siempre había amado a los suyos que estaban en el mundo, y así los amó hasta el fin» (Jn 13,1b)
- «se levantó de la mesa, se quitó la ropa exterior y se puso una toalla a la cintura (...) y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla que llevaba» (Jn 13,4-5)
- La respuesta de Jesús a la negativa de Pedro a dejarse lavar los pies: «Si no te los lavo no podrás ser de los míos» (Jn 13,8b)
- La pregunta de Jesús: «¿Entendéis lo que os he hecho?» (Jn 13,12b)
- La recomendación de Jesús: «Os he dado un ejemplo para que vosotros hagáis lo mismo que yo os he hecho» (Jn 13,15)
- Una nova bienaventuranza: «Dichosos vosotros, si entendéis estas cosas y las ponéis en práctica» (Jn 13,17)

Querría acabar mencionando las referencias que Jesús hace al amor en los cuatro capítulos que siguen y que son un largo discurso de despedida:

- «Os doy este mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Así como yo os amo, debéis también amaros los unos a los otros» (Tres veces: Jn 13,34; 15,12; 15,17)
- «Si os amáis los unos a los otros, todo el mundo conocerá que sois mis discípulos» (Jn 13,25)
- «Si me amáis, obedeceréis mis mandamientos» (Jn 14,15)
- «El que recibe mis mandamientos y los obedece, demuestra que me ama» (Jn 14,21a)
- «Y mi Padre amará al que me ama, y yo también le amaré y me mostraré a él» (Jn 14,21b i 23)
- «Yo os amo como el Padre me ama a mí; permaneced, pues, en el amor que os tengo» (Jn 15,9)
- «No hay amor más grande que el que a uno le lleva a dar la vida por sus amigos» (Jn 15,13)
- «Porque el Padre mismo os ama. Os ama porque vosotros me amáis a mí y habéis creído que he venido de Dios» (Jn 16,27a)
- «Les he dado a conocer quién eres, y seguiré haciéndolo, para que el amor que me tienes esté en ellos, y yo mismo esté en ellos» (Jn 17,26)

Definitivamente, en estos cuatro capítulos de Juan, el Amor es un aspecto central. Un amor que empieza en Dios, que se manifiesta en Jesús, que recibimos cada uno de nosotros y que somos invitados a hacerlo nuestro. Un amor que, en la última cena, se convierte en servicio y presencia de Cristo en la comunidad. ¿Qué nos dice hoy a nosotros? San Ignacio de Loyola afirma: «El amor se ha de poner más en las obras que en las palabras» [EE 230].

## Servir con amor y humildad

Me llamó mucho la atención la primera Semana Santa que pasé en Centroamérica. El Jueves Santo, durante la misa, el sacerdote hizo lo mismo que había hecho antes Jesús: lavar los pies a doce personas escogidas entre los miembros de la comunidad (no lo había visto hacer nunca aquí en España). El momento de lavar los pies en la celebración del Jueves Santo es tan importante que, sin este gesto, difícilmente podríamos decir que hemos celebrado el sentido de la fiesta. Años después vi que Francisco, el obispo de Roma, también cada año repetía este mismo gesto lavando los pies a personas vulnerables (personas de la calle, presos, etc.). Es un hecho muy importante y muy significativo para todos los cristianos que la más alta autoridad eclesiástica se haga servidor de los últimos de la sociedad. Esto nos debería cuestionar.

Lo que sí que podemos constatar es que, cuando servimos con amor y humildad, tanto el que es servido como el que sirve crecen en humanidad: los dos son dignificados.

En los Ejercicios Espirituales, san Ignacio nos propone empezar las meditaciones de la tercera semana —es decir, de la Pasión y muerte de Jesús— con la contemplación de la última cena. Podríamos hoy hacer esta contemplación.

## Para la reflexión personal

1. Leer pausadamente Juan 13,1-17.
2. Situarse en el cenáculo como un discípulo más de Jesús.
3. Pedir aquello que surja espontáneamente de mi corazón. Si no sale nada, puedo pedir entender este gesto de Jesús y la disposición a dejarme lavar los pies por Jesús. Pido conocimiento interno de Jesús que por mi va a la pasión para más amarlo y seguirlo.

4. Contemplar la última cena de Jesús:
  - o Ver, mirar, escuchar lo que pasa en aquellos momentos. Reflectir para sacar algún provecho.
  - o Una cena de Pascua, un momento de gozo y agradecimiento del pueblo judío.
  - o Todos los discípulos, los doce juntos con Jesús.
  - o Celebran un momento muy importante de su historia como pueblo.
  - o Jesús los sorprende al ponerse él mismo a lavarles los pies (no era lo que tocaba; el Maestro se hace último).
  - o Dejar a Jesús que me lave los pies, sentir su amor, sentir sus manos lavar mis pies, sentir mi corazón...
  - o Las palabras de Jesús: «Pues si yo, el Maestro y Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros».
  - o ¿A qué servicio me llama? ¿Estoy dispuesto a hacerme como Jesús, uno de los últimos, un servidor por amor a la humanidad? ¿A quién me gustaría poder mostrar mi amor «lavando sus pies»?
5. A la manera de un coloquio: agradecer a Jesús este gesto, exponerle mis dudas, pedir que me haga ver a quién debo yo lavar los pies en estos momentos de nuestra historia.
6. Acabar con una breve oración (por ejemplo, «Alma de Cristo»).

Retiro en la ciudad. Semana Santa 2025

## Amar hasta las últimas consecuencias

Andreu Oliva SJ

Rector de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA)  
de El Salvador (2011-2023)

### VIERNES SANTO

#### I

## Cargó con el pecado del mundo

La pasión y muerte de Jesús no se justifica por su vida, una vida llena de amor a los otros, una vida de servicio al Padre, una vida dedicada a anunciar la Buena Noticia: «Dios nos ama y su Reino ya está entre nosotros». Una vida así merecería el reconocimiento de todos los organismos que trabajan por los derechos humanos, por la justicia social, por la paz... En cambio, a Jesús lo mataron y lo hicieron de la forma más cruel de aquellos tiempos: clavado en una cruz.

La pasión y muerte de Jesús es la pasión y muerte de un hombre extremadamente bueno y justo, que se enfrentó a los poderes de su tiempo y que, con sus actos y sus palabras, subvirtió el orden establecido. Un hombre que es acusado de blasfemo —a pesar de que, para los que conocemos su vida, sabemos que su *leitmotiv* era hacer en todo la voluntad de Dios, a quien sentía como un Padre—. Un hombre de una fe en Dios increíble.

En la persecución a la que le someten, en la pasión y muerte de Jesús, se manifiesta de una manera muy evidente el mal. Un mal que quiere impedir el bien como sea, un mal que se niega a reconocer el bien que hace Jesús. A Jesús le acusan de no ser un buen creyente porque no respeta el sábado, porque en sábado realiza curaciones; lo acusan de tener una alianza con el diablo porque tiene el poder de expulsar los demonios y liberar a los endemoniados. Para condenarlo a muerte buscan falsos testimonios y, ante Pilato, lo acusan de «sedicioso» y «criminal». Pilato no encuentra

ningún motivo para que merezca la pena de muerte y lo quiere liberar, pero ellos insisten en condenarlo.

También se hace evidente la maldad en todas las agresiones o torturas que sobre él practican: lo flagelan, lo golpean, lo «coronan» con espinas, se burlan de él. Es el contraste entre la bondad de Jesús y la maldad de sus verdugos. Está claro que Jesús es inocente, que es un hombre bueno, que es justo, pero es tratado como si fuese culpable de grandes crímenes. En toda esta maldad podemos reconocer el mal del mundo, el pecado del mundo. Se trata de la capacidad de la humanidad de hacer el mal, un mal que se ha sucedido a lo largo de la historia: en el pasado, en el presente y en el futuro. Jesús es víctima de esta maldad y la sufre en primera persona: él carga con el mal del mundo y este acaba con su vida.

A Jesús se le aplica lo del Cántico del Siervo sufriente de Isaías 53:

<sup>3</sup>Despreciable y desecho de hombres,  
varón de dolores y sabedor de dolencias,  
como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable,  
y no le tuvimos en cuenta.

*<sup>4</sup>Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba  
y nuestros dolores los que soportaba!*  
Nosotros le tuvimos por azotado,  
herido de Dios y humillado.

*<sup>5</sup>Él ha sido herido por nuestras rebeldías,  
molido por nuestras culpas.*  
El soportó el castigo que nos trae la paz,  
y con sus cardenales hemos sido curados.

<sup>6</sup>Todos nosotros como ovejas erramos,  
cada uno marchó por su camino,  
y Yahveh descargó sobre él  
la culpa de todos nosotros.

<sup>7</sup>Fue oprimido, y él se humilló  
y no abrió la boca.  
Como un cordero al degüello era llevado,  
y como oveja que ante los que la trasquilan está muda,  
tampoco él abrió la boca.

<sup>8</sup>Tras arresto y juicio fue arrebatado,  
y de sus contemporáneos,  
¿quién se preocupa?  
*Fue arrancado de la tierra de los vivos;  
por las rebeldías de su pueblo ha sido herido;*

<sup>9</sup>y se puso su sepultura entre los malvados  
y con los ricos su tumba,  
por más que no hizo atropello  
ni hubo engaño en su boca.

<sup>10</sup>Mas plugo a Yahveh quebrantarle con dolencias.  
*Si se da a sí mismo en expiación,*  
verá descendencia,  
alargará sus días,  
y lo que plazca a Yahveh se cumplirá por su mano.

<sup>11</sup>Por las fatigas de su alma,  
verá luz, se saciará.  
*Por su conocimiento justificará mi Siervo a muchos  
y las culpas de ellos él soportará.*

<sup>12</sup>Por eso le daré su parte entre los grandes  
y con poderosos repartirá despojos,  
ya que indefenso se entregó a la muerte  
y con los rebeldes fue contado,  
*cuando él llevó el pecado de muchos,  
e intercedió por los rebeldes.*

En este cántico cuarto encontramos la idea de que el Siervo del Señor carga con las culpas ajenas y de esta manera nos justifica, nos salva (en cursiva en el texto).

## Para la reflexión personal (primer momento)

1. Leer lentamente el cuarto cántico del Siervo del Señor, en Isaías 52,13-53,12.
2. Situarse en aquellos momentos y lugares en los que Jesús es condenado a muerte, donde vive la pasión y la cruz.
3. Pedir aquello que surja de mi corazón. Si no surge nada, puedo pedir «dolor con Jesús lleno de dolor»; o conocimiento interno de Jesús que por mí va a la pasión, para más amarlo y seguirlo.
4. Contemplar:
  - o Ver, mirar, escuchar a Jesús burlado, torturado, desfigurado, sufriendo una pasión inmerecida. Reflectir para sacar algún provecho.
  - o Pensar sobre el mal en el mundo actual y las personas que son víctimas de este mal.
  - o Pensar en cómo el mundo, la tierra y la naturaleza son también víctimas de nuestra ambición, de nuestra falta de respeto e irresponsabilidad.

- o Agradecer a Jesús la salvación que nos ha dado al cargar con todos nuestros pecados, con los pecados de la humanidad entera.
  - o ¿Estoy dispuesto a hacerme como Jesús, a cargar con el mal del mundo por amor a la humanidad? ¿Por quién estaría dispuesto a vivir «la pasión» para mostrar mi amor?
5. En forma de coloquio: agradecer a Jesús su amor, su entrega. Exponerle mis dudas, pedir que me ayude a ver cómo el mal en nuestra historia y en la actualidad sigue creando víctimas. Preguntarle qué quiere de mí: ¿cómo puedo responder a su amor?
6. Acabar con una breve oración (por ejemplo, «Alma de Cristo»).

## II

### Bajar de la cruz a los crucificados

El evangelio de Mateo, en el capítulo 25,31-46, nos presenta la parábola del juicio al mundo. En ella encontramos dos frases puestas en boca del rey: «En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» y «cuanto dejasteis de hacer a uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo».

Esta parábola nos muestra que es nuestra solidaridad con el hermano necesitado, o que sufre, la que marca la diferencia. Para Jesús, lo más valioso en la vida, la clave de bóveda de la vida de los hombres y mujeres que la quieren vivir en plenitud, es haber estado atentos a hacernos solidarios y ayudar a las personas en sus necesidades. Pero hay algo más en este texto evangélico: la identificación de Jesús (y de Dios) con todas las personas en situación de vulnerabilidad, de sufrimiento, de necesidad. Servir a estas personas es servir al mismo Jesús (a Dios mismo). Esto no es fácil de entender, como la misma parábola nos muestra: «¿Cuándo te vimos hambriento o sediento o forastero o desnudo o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?». Parece que ni unos —los que ayudaron—, ni los otros —los que no lo hicieron— pensaron que en aquella persona necesitada podrían encontrar a Dios mismo. Nos es mucho más fácil amar a un Jesús y a un Dios abstractos que a las personas que viven sus propias pasiones a nuestro alrededor. Es una gracia que hemos de pedir: saber identificar a las personas vulnerables y vulneradas con Jesús y con Dios. Es lo que nos permite vivir el mandamiento de «amar a Dios y al prójimo».

Ignacio Ellacuría y Jon Sobrino, en El Salvador, desarrollaron el concepto de «pueblos crucificados», a los que podemos también nombrar «pueblos sufrientes». En los pueblos empobrecidos y expoliados podemos ver al «Siervo de Yahvé», el del cuarto cántico de Isaías: pueblos que cargan con el pecado del mundo, que los hace víctimas y los condena a una vida inhumana; pero, al mismo tiempo, pueblos que continúan la obra salvífica de Jesús.

Permitidme unas palabras de mi compañero jesuita Jon Sobrino sobre los pobres y los pueblos crucificados:

«Pobres son los empobrecidos, y muchos de ellos mueren —lenta o violentamente— por el hecho de serlo. Mueren de hambre cien mil personas al día, y cada siete segundos lo hace un niño de menos de diez años. Y como el hambre puede ser superada, podemos decir que cada persona que muere de hambre es un crimen contra la humanidad.

La cruz es, pues, todo menos metáfora. Significa muerte y crueldad, a lo que la cruz de Jesús añade inocencia e indefensión. A los teólogos cristianos la cruz nos remite a Jesús de Nazaret. Él es el crucificado. Por eso, al llamar a los pobres de este mundo "pueblo crucificado" se les saca del anonimato y se les otorga, además, la máxima dignidad: "Ustedes son el divino traspasado", dijo Monseñor Romero a campesinos aterrorizados, supervivientes de la masacre de Aguilares. "El pueblo crucificado" es siempre "el" signo de los tiempos, escribió Ellacuría.

[...] San Ignacio de Loyola pedía al ejercitante que se reconocía como pecador que se hiciese tres preguntas ante el crucificado: «qué he hecho, qué hago y qué voy a hacer por Cristo». Entre nosotros —historizando esta tradición— nos preguntamos «qué hemos hecho para que nuestros pueblos estén crucificados, qué hacemos para bajarlos de la cruz y que vamos a hacer para resucitarlos». No hay aquí *hybris* (exceso) de ninguna especie. Hay reconocimiento de nuestro pecado, hay expresión humilde de conversión y hay decisión, agradecida, de salvar. En filosofía a esto se llama "encargarse de la realidad". En teología expresa "la misión de los cristianos", la praxis.

Y hay que añadir algo más importante y más olvidado. Bajarlos de la cruz no es solo compasión, opción por los pobres. Es devolver a ellos un poco de lo que ellos nos dan. Sin saberlo, por lo que son y muchas veces por los valores que poseen, nos salvan, nos humanizan, nos perdonan. Al cargar nosotros con su realidad, una pesada cruz, nos sentimos cargados por ellos. Son bendición».

(Jon Sobrino, epílogo del libro *Bajar de la cruz a los pobres. Cristología de la liberación*)

Pensar hoy la cruz de Jesús a la luz de Mateo 25 nos lleva más allá del propio Jesús histórico. Nos lleva a pensar en todas las personas que hoy viven en situaciones de abandono, sufrimiento y muerte. Y no son pocas en el mundo. Unas más cerca y otras más lejos; unas, desconocidas para nosotros y otras, bien cercanas y conocidas.

Hoy en día, a nuestro alrededor y en el mundo, hay muchas personas que pasan hambre, sed, que están enfermas, que precisan vestirse, forasteras e inmigrantes sin papeles y sin trabajo, millones de personas que buscan refugio, que no tienen ni techo ni trabajo, que están en prisión, que sufren la crueldad de la guerra... Hay que pensar también en todas aquellas personas que viven algún tipo de esclavitud, que son oprimidas y abusadas por diferentes formas de poder, marginadas o, como dice el papa Francisco, «descartadas». Hoy el mundo está configurado por unas estructuras económicas, sociales, culturales y políticas que generan pobreza, marginación y exclusión, estructuras que producen «descartados».

En la exhortación *La Alegría del Evangelio (Evangelii Gaudium)*, el papa Francisco nos dice (EG 52-54):

«52. [...] Sin embargo, no podemos olvidar que la mayoría de los hombres y mujeres de nuestro tiempo vive precariamente el día a día, con consecuencias funestas. Algunas patologías van en aumento. El miedo y la desesperación se apoderan del corazón de numerosas personas, incluso en los llamados países ricos. La alegría de vivir frecuentemente se apaga, la falta de respeto y la violencia crecen, la inequidad es cada vez más patente. Hay que luchar para vivir y, a menudo, para vivir con poca dignidad.

53. Así como el mandamiento de "no matar" pone un límite claro para asegurar el valor de la vida humana, hoy tenemos que decir "no a una economía de la exclusión y la inequidad". Esa economía mata. No puede ser que no sea noticia que muere de frío un anciano en situación de calle y que sí lo sea una caída de dos puntos en la bolsa. Eso es exclusión. No se puede tolerar más que se tire comida cuando hay gente que pasa hambre. Eso es inequidad. Hoy todo entra dentro del juego de la competitividad y de la ley del más fuerte, donde el poderoso se come al más débil. Como consecuencia de esta situación, grandes masas de la población se ven excluidas y marginadas: sin trabajo, sin horizontes, sin salida. Se considera al ser humano en sí mismo como un bien de consumo, que se puede usar y luego tirar. Hemos dado inicio a la cultura del "descarte" que, además, se promueve. Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y de la opresión, sino de algo nuevo: con la exclusión queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está en ella abajo, en la periferia, o sin poder, sino que se está fuera. Los excluidos no son "explotados" sino desechos, "sobrantes".

54. [...] Mientras tanto, los excluidos siguen esperando. Para poder sostener un estilo de vida que excluye a otros, o para poder entusiasmarse con ese ideal egoísta, se ha desarrollado una globalización de la indiferencia. Casi sin advertirlo, nos volvemos incapaces de compadecernos ante los clamores de los otros, ya no lloramos ante el drama de los demás ni nos interesa cuidarlos, como si todo fuera una responsabilidad ajena que no nos incumbe. La cultura del bienestar nos anestesia y perdemos la calma si el mercado ofrece algo que todavía no hemos comprado, mientras todas esas vidas truncadas por falta de posibilidades nos parecen un mero espectáculo que de ninguna manera nos altera».

(Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, 52-54).

Todo esto nos puede desbordar y paralizar, pero no es mi intención... Solamente hemos de abrir los ojos, mirar a nuestro alrededor para reconocer que la pasión de Cristo sigue actualizándose con tantas personas sufrientes, y pedir que el Espíritu de Dios nos dé la gracia de reconocer en ellas a Jesús, el Cristo, y que nos dé la luz para saber qué hemos de hacer para bajarlos de la cruz, en la medida de nuestras posibilidades.

Hace unos días, a través de la lectura de sus textos, conocí a una mujer impresionante: ETTY HILLESUM. Judía holandesa, asesinada el 30 de noviembre de 1943 en Auschwitz, a los 29 años. Esta mujer, llena del Espíritu de Dios, mientras estaba en el campo de tránsito de Westerbork —donde esperaban centenares de judíos para ser trasladados a los campos de exterminio— escribió a unos amigos:

«Solo quería decirles que aquí la miseria es absolutamente terrible, y a pesar de todo por las noches, cuando la jornada ha quedado atrás, camino junto a la alambrada de púas a paso ligero y surge directamente de mi corazón —no puedo remediarlo, es así, como una fuerza elemental— que esta vida es maravillosa y grande, y más adelante habremos de construir un mundo completamente nuevo. Y a cada nuevo crimen y cada horror debemos responder con un gesto de amor y de bondad que habremos de conquistar en nosotros mismos».

Creo que esta puede ser la clave para afrontar lo que vivimos: que a cada crimen, a cada horror, a cada situación de sufrimiento que se provoque, respondamos con un gesto de amor y bondad.

## Para la reflexión personal (segundo momento)

1. Situarme en aquellos momentos y lugares en los que Jesús es condenado a muerte, donde vive la pasión y la cruz hoy. Ponerme a los pies de la Cruz, donde Jesús y tantas personas son crucificadas.

2. Pedir lo que surja de mi corazón. Si no brota nada, puedo pedir «dolor con Jesús lleno de dolor»; o «conocimiento interno de Jesús que para mí va a la pasión, para más amarlo y seguirlo»; o «deseo de ayudar a bajar de la cruz a algunas de las personas que la sufren».
3. Reflexionar
  - o ¿Qué situaciones de dolor, sufrimiento, opresión, marginación o exclusión conozco? Puedo hacer una lista.
  - o ¿Cuáles me son cercanas? ¿Cómo me hablan al corazón? ¿Cómo me sitúo ante ellas?
  - o ¿Puedo intentar acercarme a ellas y sentir su dolor? ¿Puedo hacer algo para aliviar su sufrimiento?
  - o ¿Cómo participo yo de esta cultura que condena a tantos hermanos nuestros a la exclusión?
4. En forma de coloquio:
  - o Imaginar a Jesucristo, nuestro Señor, en la cruz, ante mí, y mirarme a mí mismo delante de Jesús crucificado. Preguntarme: ¿Qué he hecho por Cristo? ¿Qué hago por Cristo? ¿Qué puedo hacer por Cristo? Y, viendo a Jesús crucificado, discurrir por lo que se ofrezca.
  - o O, siguiendo la propuesta de Jon Sobrino, en lugar de Jesús en la Cruz puedo poner a aquellas personas que ahora mismo viven su propia pasión y preguntarme: ¿qué hemos hecho para que tantos pueblos sean crucificados? ¿Qué hemos de hacer para bajarlos de la cruz? ¿Qué haremos para que resuciten?
5. Acabar con una breve oración (por ejemplo, «Alma de Cristo»).

Retiro en la ciudad. Semana Santa 2025

## Amar hasta las últimas consecuencias

Andreu Oliva SJ

Rector de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA)  
de El Salvador (2011-2023)

### SÁBADO SANTO

## Si el grano de trigo no muere...

He titulado el retiro de este día «Si el grano de trigo no muere...», porque estoy convencido de que la muerte también es portadora de vida y de que la muerte de Jesús nos lleva a una VIDA en mayúsculas. Dedicaremos el día de hoy a dos reflexiones. En primer lugar, me referiré a Jesús muerto en la cruz, al sentido de su muerte y el vacío que deja. En segundo lugar, intentaremos acercarnos a la VIDA que brota de la muerte de Jesús y de las muchas muertes que en este mundo suceden.

### I

## Jesús muere en la cruz

Ayer hablábamos de la cruz de Jesús y de las muchas personas que actualmente son crucificadas con Jesús. En el evangelio de Marcos, en el capítulo 15, podemos leer:

A la hora nona gritó Jesús con fuerte voz:

—*Eloí, Eloí, ¿lema sabactaní?* —que significa: '¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?'

Al oír esto algunos de los presentes decían:

—Mira, llama a Elías.

Entonces uno fue corriendo a empapar una esponja en vinagre y, sujetándola a una caña, le ofrecía de beber, diciendo:

—Dejad, vamos a ver si viene Elías a descolgarle.

Pero Jesús, lanzando un fuerte grito, expiró». (Mc 15,34-37)

Los evangelistas quisieron dejar bien claro que Jesús muere en la cruz, que la muerte de Jesús no fue una ficción, sino algo bien real. Por esa razón, los evangelios dejan claro que su cuerpo fue sepultado. Para nosotros no siempre es fácil verlo así, porque la resurrección es un hecho tan importante que fácilmente eclipsa la verdad y dureza de la muerte de Jesús.

Hoy os invito a tomar conciencia de que Jesús murió en la cruz. Nos ayudaremos de estos tres momentos:

- 1. Jesús es condenado a muerte y es ejecutado en una cruz.** Jesús fue víctima de la pena de muerte. La pena de muerte es un crimen de Estado, una violación al derecho más fundamental: el derecho a la vida. Se considera la pena más cruel, inhumana y degradante que se puede aplicar a un ser humano. Es una pena irreversible: si una persona es inocente y es condenada a prisión, puede ser liberada —en el caso de que más tarde se demuestre su inocencia—; pero si es ejecutada no hay nada que hacer. Aplicar la pena de muerte es atribuirse el derecho a decidir sobre la vida de una persona. Es más un acto de venganza que de justicia: es practicar la misma violencia que supuestamente se quiere erradicar, en lugar de tratar de avanzar hacia la reconciliación.

Hoy, en todo el mundo hay un movimiento para la abolición de la pena de muerte. Si bien ya son 112 los países totalmente abolicionistas, aún existen 84 naciones que mantienen la vigencia de esta pena en el código penal —aunque de estos, 29 tienen establecida una moratoria de las ejecuciones—. Pero las ejecuciones por aplicación de la pena de muerte no solo no se han detenido, sino que han crecido. Según Amnistía Internacional, en 2020 483 personas fueron ejecutadas mediante la aplicación de la pena capital; en 2021 lo fueron 579; 827 en 2022 y el año 2023 fueron ejecutadas 1153 personas, la cifra más alta desde 2015. Hay que indicar que estos números no incluyen ni China, ni Corea del Norte, ni Vietnam, países que no dan cifras.

Jesús compartió esta realidad con todos los condenados a muerte a lo largo de la historia, vivió él mismo este crimen y asumió de esta manera el pecado de la humanidad.

- 2. Jesús muere en la cruz solo y abandonado.** Los evangelios nos muestran la soledad de Jesús en su pasión y muerte en la cruz. No parece que nadie sea capaz de defender su inocencia y respaldarlo. Los discípulos, muertos de miedo, lo han abandonado hasta el punto de negar la condición de discípulos suyos.

Solamente un grupo de mujeres permanece «mirando desde lejos, entre ellas, María Magdalena, María, la madre de Santiago el menor y de José, y Salomé» (Mc 15,40; Mt 27,55).

Una vez muerto, José de Arimatea, a escondidas por miedo de los judíos, pidió a Pilato el cuerpo de Jesús para llevarlo a un sepulcro y Pilato se lo entregó. Es un entierro a escondidas, de prisa y corriendo, sin velatorio ni flores. Nos recuerda el nacimiento, también al raso, sin unas mínimas condiciones.

La vida de Jesús fue una vida a la intemperie, desde su nacimiento hasta su muerte, una vida vulnerable y vulnerada, atacada desde el poder, rechazada por muchos, con unos pocos seguidores... todo podría acabar aquí.

3. **La muerte de Jesús deja un gran vacío y un gran silencio.** Para entender lo que pasó, hay que ponerse en el lugar de los discípulos, de María —la madre de Jesús—, de María Magdalena y las otras mujeres que seguían a Jesús. Lo que podemos intuir de los testimonios evangélicos es que todos ellos quedaron desolados. El relato de los discípulos de Emaús (Lc 24,13-33) es el más claro: nos muestra a unos discípulos desesperanzados y decepcionados: «Nosotros esperábamos que sería él el que iba a liberar a Israel; pero, con todas estas cosas, llevamos ya tres días desde que esto pasó». En los otros relatos encontramos a unos discípulos que están reunidos, encerrados y llenos de miedo. La muerte del maestro ha frustrado todas sus esperanzas; se encuentran perdidos, confundidos, sin sentido...

La Iglesia quiere representar este vacío y silencio dejando el Sábado Santo sin ninguna celebración litúrgica, hasta la celebración de la Resurrección a media noche, a primera hora del domingo.

## Para la reflexión personal (primer momento)

1. Situarme en aquellos momentos y lugares en los que Jesús muere y es enterrado.
2. Pedir lo que surja de mi corazón. Si no brota nada, puedo pedir «dolor con Jesús lleno de dolor»; o «conocimiento interno de Jesús que para mí va a la pasión, para más amarlo y seguirlo».
3. Leer reposadamente el relato de la muerte de Jesús (Mc 15,33-47)
4. Contemplar:
  - o Ver, mirar, escuchar a Jesús colgado en la cruz; cómo muere, solo y abandonado por todos; cómo lo ponen en el sepulcro. Reflectir para sacar algún provecho.

- o Fijarme en la reacción del centurión romano, de las mujeres que miraban de lejos, de José de Arimatea. Reflectir para sacar algún provecho.
  - o Pensar en María, la madre de Jesús, y en su dolor. Reflectir para sacar algún provecho.
  - o Pensar en las madres de los condenados a muerte y ejecutados. ¿Cómo lo vivirán?
  - o Pensar en los discípulos. ¿Dónde están? ¿Qué piensan? ¿Qué sienten?
  - o ¿Qué pienso y siento yo ante la muerte de Jesús? ¿Qué pienso y siento yo ante la muerte de tanta gente (50 mil palestinos muertos en Gaza, 250 mil en la guerra de Rusia con Ucrania, etc.), condenada por una sociedad y un mundo injustos?
  - o Hacernos conscientes que el mundo actual vive un permanente Sábado Santo.
5. Ponerme a los pies de Jesús muerto en la cruz y dejar que mi corazón sienta en libertad.
6. En forma de coloquio: con Jesús muerto en la cruz, exponerle mis dudas, lo que siento. Preguntarle qué quiere de mí: ¿cómo puedo responder a su amor y ante tanta muerte? Con María, la madre de Jesús, compartir sentimientos ante la muerte de Jesús.

## II

### Una muerte que nos da vida

No hay duda que, desde muy pronto, los discípulos de Jesús descubrieron que su muerte los había conducido a una vida nueva y en mayúsculas. Aquel desencanto inicial ante la pasión y muerte del Maestro se convirtió en un gozo que no habían sentido nunca antes, y en una fuerza que los empujaba a anunciar a Jesús resucitado y a denunciar su muerte a manos de las autoridades religiosas y políticas de Israel.

La muerte de Jesús por amor a toda la humanidad es fuente de una vida nueva e inagotable. Ni la muerte ni el mal tienen la palabra definitiva. La última palabra es de vida, es el amor. Dios ha resucitado al justo que fue traspasado cargando sobre sí el pecado del mundo. Desde entonces y durante más de dos mil años, la vida de Jesús, la fe en Él, sigue moviendo a personas y corazones a seguirlo. Mueve también a muchas otras personas a dar la propia vida por amor, a una vida de entrega y servicio generoso a los hombres y mujeres que les rodean. Nosotros también estamos aquí porque en Jesús hemos encontrado la VIDA.

Os propongo pensar en otras muertes que nos han dado vida. Pienso en monseñor Óscar A. Romero, de quien se cumplen 45 años de su asesinato en El Salvador, el 24 de marzo de 1980. O pensemos en el asesinato de seis compañeros jesuitas y de las mujeres Elba y Celina Ramos en la UCA, el 16 de noviembre de 1989.

Monseñor Óscar Romero vive en el corazón del pueblo salvadoreño. Su memoria está presente en muchas personas que se sintieron representadas, comprendidas y animadas por su pastor. Cada año, en el aniversario de su muerte, una multitud se reúne para conmemorarlo, caminando y cantando a lo largo de 4 kilómetros, y después celebran la Santa Misa. El día de su beatificación, 35 años después de su muerte martirial, más de 300 mil personas se reunieron para celebrarlo en San Salvador. La vida de Óscar Romero inspiró y sigue inspirando a muchos defensores de los Derechos Humanos, y las Naciones Unidas decidieron que el 24 de marzo se celebraría cada año el día del Derecho a la verdad, en relación a las graves violaciones de los derechos humanos y a la dignidad de las víctimas y como un homenaje a Romero. El obispo de Roma, Francisco, lo propuso como ejemplo a los obispos de El Salvador y de todo el mundo.

Los jesuitas de la UCA expusieron sus vidas para acabar con la violencia y buscar un diálogo para conseguir la paz en El Salvador. También querían acabar con una guerra de más de 12 años, que solamente provocaba sufrimiento en el pueblo salvadoreño. Después de su muerte, tan irracional, rechazada en todo el mundo, cogió fuerza aquello que habían buscado y que pregonaban: la búsqueda de la paz mediante el diálogo. Dos años después, el 16 de enero de 1992, se firmaba la paz entre el gobierno y la guerrilla, y se abría la oportunidad de una vida en libertad y democracia para el pueblo de El Salvador. Igualmente, cada año se conmemora su martirio y mucha gente se reúne para celebrar juntos la vida que los mártires de la UCA siguen transmitiendo a los luchadores por la paz y por una sociedad con justicia.

Hace unas semanas participé en un retiro sobre la vida de Etty Hillesum. Etty fue una mujer judía que vivió y murió durante la Segunda Guerra Mundial. Dejó su diario y algunas cartas. En 1981 se publicaron sus manuscritos y salió a la luz su historia, que nos han permitido conocer la riqueza de una vida interior profundamente arraigada en Dios, en un tiempo de sufrimiento extremo, de muerte de su pueblo en manos de los nazis. En medio de todas las atrocidades, Etty es capaz de alabar la vida y de vivirla con plenitud de sentido.

Algunas citas de su diario y cartas que me han impresionado:

««Será preciso que alguien sobreviva para atestiguar que Dios estaba vivo incluso en un tiempo como el nuestro. ¿Y por qué no iba a ser yo ese testigo?»»

«Me siento como la custodia de una vida muy valiosa, con toda la responsabilidad que ello conlleva. Me siento responsable del gran y hermoso sentimiento por esta vida que hay dentro de mí y que debo escuchar a través de estos tiempos para que llegue sano y salvo a una era mejor» (21/07/1942)

«Dios mío, estos tiempos son demasiado duros para personas tan frágiles como yo. Sé que después llegarán otros tiempos de mayor humanismo. Quiero seguir viviendo para transmitir a esa nueva era toda la humanidad que, a pesar de todo lo que vivo a diario, conservo en mi interior. Solo así podremos preparar la nueva era: preparándola dentro de nosotros. Y de alguna manera me siento muy ligera por dentro, sin amargura alguna y tengo mucha fuerza y mucho amor. Quisiera seguir viviendo para ayudar a preparar la nueva era y para transmitir lo indestructible que se ha conservado en mí a esa nueva era que a buen seguro llegará, pues crece en mi interior cada día, ¿acaso no la siento?» (20/07/1942)

«Esta es la única posibilidad, (...) no veo otra: que cada uno de nosotros se vuelva hacia sí mismo y elimine y destruya de su interior aquello que cree que debe eliminar de los demás. Y hemos de ser plenamente conscientes de que cada átomo de odio que añadamos al mundo lo hará más inhóspito de lo que ya es» (23/09/1942)

Estoy seguro que muchos de vosotros también tenéis experiencias de personas que amaron mucho, que entregaron la vida —quizá perdiéndola— y que su entrega ha generado nueva vida. Podéis continuar la lista.

## Para la reflexión personal (segundo momento)

1. Situarme en aquellos momentos o lugares en los que encuentro muerte y vida.
2. Pedir lo que salga de mi corazón. Si no brota nada, puedo pedir «reconocer la VIDA que me ha llevado a Jesús»; o «conocimiento interno de Jesús que por mí muere en la cruz, para más amarlo y seguirlo».
3. Contemplar
  - o Ver, mirar, escuchar cómo Jesús ha llevado tanta VIDA a mi vida.
  - o ¿Qué es aquello de Jesús que me da VIDA, que me entusiasma, que me gusta tanto, que me eleva cuando me siento sin ánimos, sin fuerza?
  - o ¿Qué experiencias tengo o conozco de personas que han dado su vida (no hace falta que sea vida dada de una sola vez, pueden ser vidas dadas cada día) y han generado vida a su alrededor?
4. En forma de coloquio: agradecer a Jesús la VIDA recibida y la vida que yo también puedo dar a los otros. Pedirle que me siga dando VIDA y que sea capaz de acogerla y hacerla fructificar.